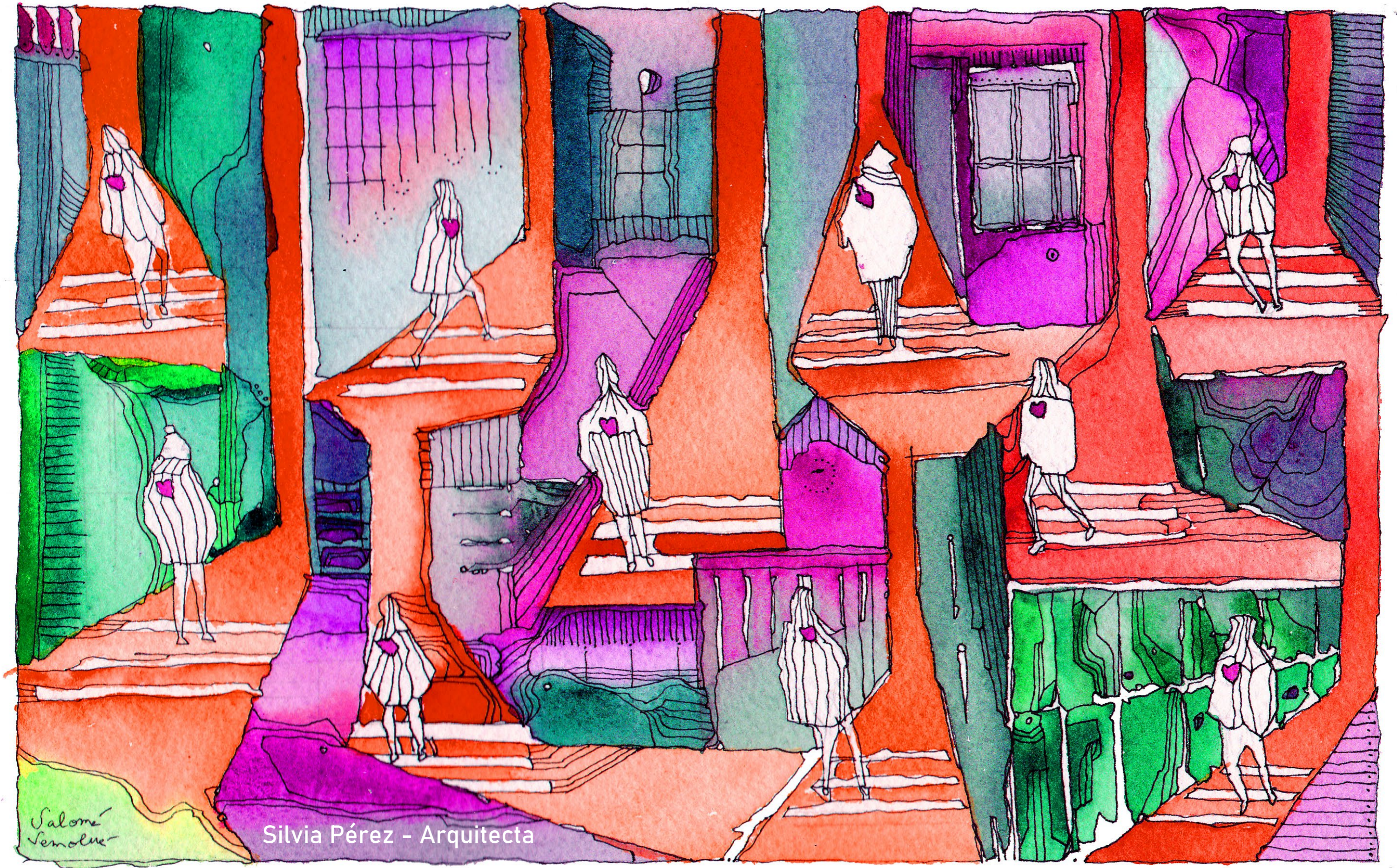


Arquitect@s & Co

#4

# Ciudad y Migración



Salomé  
Semolue

Silvia Pérez - Arquitecta

# Ciudad y Migración

Hicimos una encuesta interna para ver qué temas nos preocupaban y seguir poniendo el ojo en cuestiones de nuestra sociedad. Y salió la migración como proceso incesante a lo largo del tiempo.

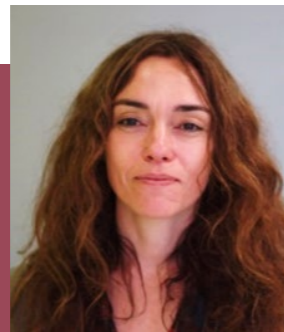
*“La historia social se ha mostrado inquieta por el encaje de los venidos de fuera en las grandes ciudades contemporáneas”, dicen Rubén Pallol Trigueros y Rocío García Abad en su investigación “Inmigrantes en la Ciudad”.*

¿Pero qué dicen l@s architect@s, sociólog@s y periodistas que formamos este grupo?

Advertencia: Esta edición es un poco loca. Los enfoques ofrecen una mirada desde muchos puntos de vista. Todos valiosos. Eso es la diversidad.

# Arquitect@s &Co

Colectivo multidisciplinar que, con la excusa de la Arquitectura, se junta para hablar de las personas y de la vida.



“Nuestra historia de migración”  
Eva Gómez-Fontecha



“El espíritu de la época”  
Magdalena Plocikiewicz



“Activismo sin hashtags”  
Eduardo Solana



“Ciudad y Migración”  
Silvia Pérez



“La ciudad cosmopolita”  
Julián Baena



“Incluir versus integrar”  
Daniela Vitoria



“Las huellas de la ciudad”  
Sergio de Jaime

# Nuestra historia de migración



“A este miedo tan bien explicado por Bauman sólo pueden vencerlo la apertura y la convivencia”

Eva Gómez-Fontecha  
Periodista

## Nuestra historia de migración

Relata el Pulitzer 2003 **Jeffrey Eugenides** en *Middlesex* cómo la familia Stephanides llegaba a Nueva York asustada por la rudeza de los funcionarios de la Isla de Ellis en contraste con la mitológica Grecia de la que provenían. Llegaban en busca de paz y prosperidad, y encontraron el maltrato por defecto. Otro problema fue dónde echar raíces. Recalaron en Detroit donde su prima vivía en un barrio a las afueras. *“Se concibió la nueva Detroit como una Arcadia urbana de hexágonos entrelazados. Cada rueda tenía que ser independiente y estar unida a todas las demás, en consonancia con el federalismo de la nueva nación. Aquel sueño nunca se hizo realidad. La planificación es para las grandes urbes del mundo, para Londres, París y Roma, para ciudades consagradas a la cultura. Detroit en cambio era una ciudad norteamericana y por tanto consagrada al dinero, de manera que la concepción dio paso a la conveniencia. A partir de 1818, la ciudad se extendió a lo largo del río, almacén tras almacén, fábrica tras fábrica. Aproximándose por la orilla, Lefty y Desdémona veían cómo iba tomando forma su nuevo hogar”*.

*La concepción dio paso a la conveniencia* me parece una expresión clave para entender cómo el desarrollo industrial jamás ha respetado al urbanismo y por qué las personas que son mano de obra de ese entramado industrial, migrantes en muchos casos, tienen que adaptarse a un entorno hostil a la hora de trabajar y vivir en barrios

marginales donde el factor identitario no es otro que el desarraigo. Con esas premisas no es difícil entender que la falta de planificación urbana y calidad en las viviendas genere áreas de conflictividad social.

Uno de los efectos de esa marginalidad, apunta el periodista **Martín Caparrós** en su futurista serie *El mundo, entonces*, donde nos contempla desde la perspectiva del siglo XXII, es el miedo al otro. *“Las ciudades de 2022 estaban rodeadas por dos tipos de suburbios: por un lado, los barrios caros donde vivían los que podían, con comercios y buena infraestructura privada de salud, educación, seguridad y transporte. Y por otro, a la misma distancia del centro, pero en otros cuadrantes, los suburbios desastados que contenían a los más pobres que habían migrado desde el interior rural o el exterior necesitado. La yuxtaposición de hábitats tan contrarios provocaba miedos: los más ricos intentaban evitarlos contratando batallones de seguridad privada que se había vuelto, en muchos países, una de las industrias más rentables”*.

El filósofo polaco **Zygmunt Bauman** explica la naturaleza antropológica de ese miedo en su obra *Extraños llamando a la puerta*: *“Personas que buscan refugiarse de las guerras y los despotismos, o del salvajismo de una existencia*

## Nuestra historia de migración

*hambrienta y sin futuro, ha habido desde los principios de los tiempos modernos. Pensamos que la afluencia masiva de esos recién llegados tiene la intención de mutilar o erradicar nuestro estilo de vida, ese que nos resulta tan consoladoramente familiar. Tendemos a dividir a esas personas con las que estamos acostumbrados a convivir en amigas y enemigas, bienvenidas o moderadamente toleradas. Pero sea cual sea la categoría a la que las consignemos, sabemos bien cómo comportarnos con ellas. De los extraños, sin embargo, conocemos demasiado poco como para sentirnos capaces de interpretar apropiadamente sus tácticas y concebir nuestras propias respuestas adecuadas. Y el desconocimiento de cómo continuar, de cómo tratar una situación que no hemos creado y que no tenemos bajo control, es causa fundamental de grandes ansiedades y miedos”.*

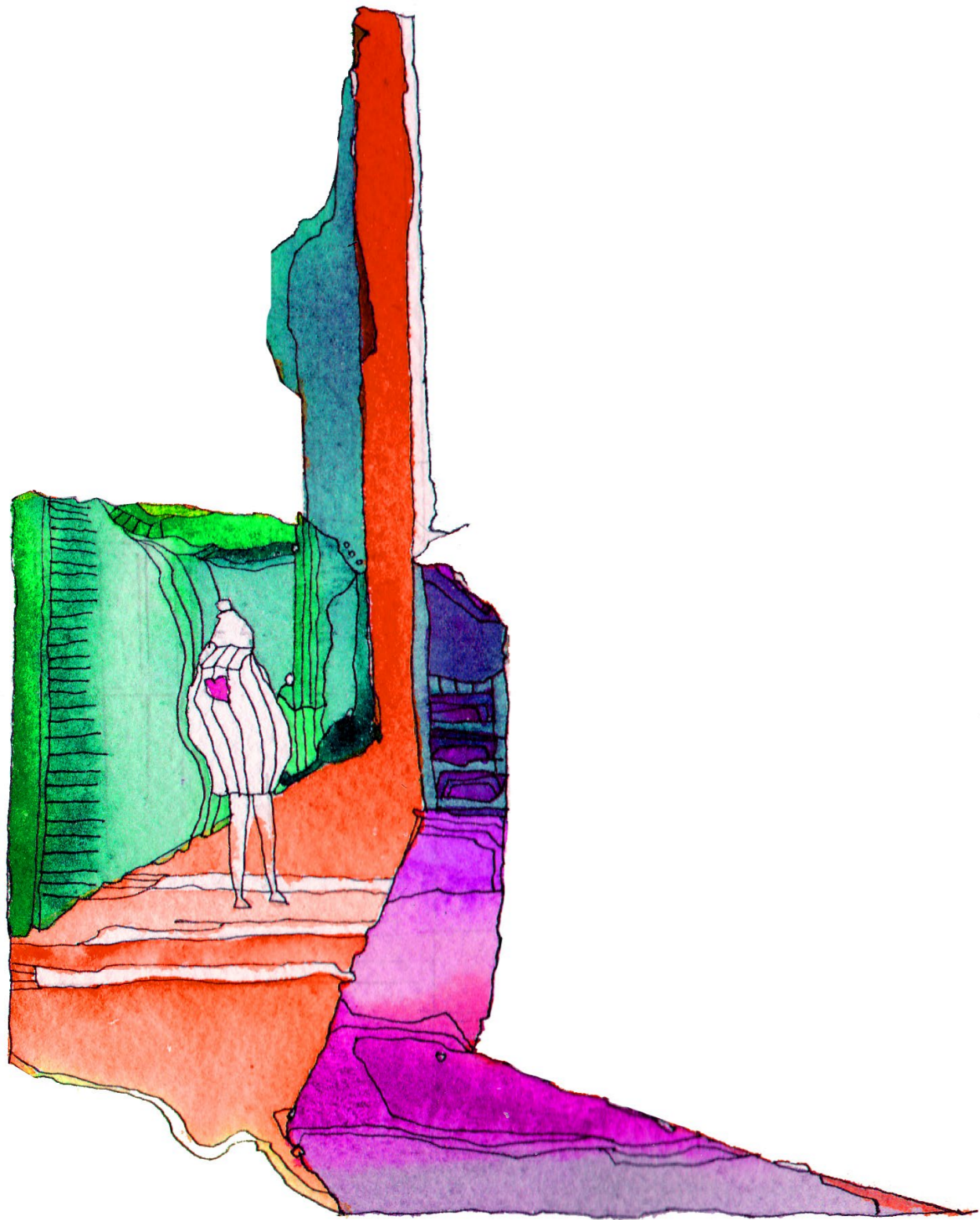
A este miedo tan bien explicado por Bauman sólo pueden vencerlo la apertura y la convivencia. Y en esa dirección apuntaron las repuestas de mi consulta en redes: creación de espacios donde compartir la cultura de forma bidireccional, desaparición de los guetos a las afueras de las ciudades, dejar de llamar migrantes a las segundas generaciones. Dicho de otro modo, ofrecer oportunidades laborales y sociales para integrarse en una sociedad porosa que comprenda que el otro somos nosotr@s o lo hemos sido en algún momento de nuestro árbol genealógico. Y en ese proceso de reconocimiento mutuo, la ciudad alcanza la cima de su valor.

Todos guardamos en nuestra biografía una historia de migración. Mi abuela paterna salió de su aldea gallega a la muerte de sus padres. Vino a Madrid y sus hermanos emprendieron el camino hacia Argentina. Nunca más supo de ellos. Con una exigua maleta aceptó su primer trabajo y más tarde tuvo cinco hijos (el cuarto de ellos mi padre), a los que dio estudios universitarios y cuyo resultado es la mujer que hoy escribe esto. La de mi familia es una historia más entre miles que ejemplifican la diáspora de una Humanidad siempre en busca de un futuro mejor.





# El espíritu de la época



“La ciudad nunca está culminada, siempre es un proceso que puede tomar un giro diferente en función de los retos o problemas que tienen que afrontar sus habitantes”

Magdalena Plocikiewicz  
Socióloga y Filósofa

## El espíritu de la época

*“Morir lejos es morir dos veces, y el que no es de aquí siempre muere lejos”* dice el libreto de la ópera “La gata perduda”, una obra comunitaria realizada por el Gran Teatro de Liceu barcelonés conjuntamente con más de 300 participantes del vecino barrio popular y multicultural- el Raval. En esta ópera prima vemos lo que representa la inmigración: en la cima de la ciudad, en los barrios altos, los magnates junto a los arquitectos deciden su forma y su curso, mientras que la identidad de los barrios estigmatizados por la inmigración se va diluyendo a marcha forzosa de gentrificación, salvo que tengan, como el Raval, un tejido social que la preserve.

El inmigrante es este otro que nos otorga nuestra identidad reconfortante de ciudadanos de pleno derecho, la comodidad de arraigo, el poder de la mayoría que define el código de convivencia. Ella, el – los otros, son los que preferiblemente han que amoldarse y mientras mejor se mimetizan más fácil nos lo ponen para construir ciudades y sociedades armónicas, donde solemos encajarlos como un elemento colorido en las fiestas para que luzcan sus trajes folclóricos y preparen su comida especiada.

¿Cómo hemos de convivir con la otredad? Esta pregunta genera otras tantas: ¿Quién puede migrar legalmente?

¿Hasta que punto los inmigrantes tienen que adoptar la cultura local? ¿Si y cuándo hemos de otorgarles plenos derechos? ¿Cómo gestionar las tensiones y conflictos que surgen entre la sociedad de acogida y los inmigrantes? ¿El mero hecho de haber conflicto pone en duda las políticas de inmigración?

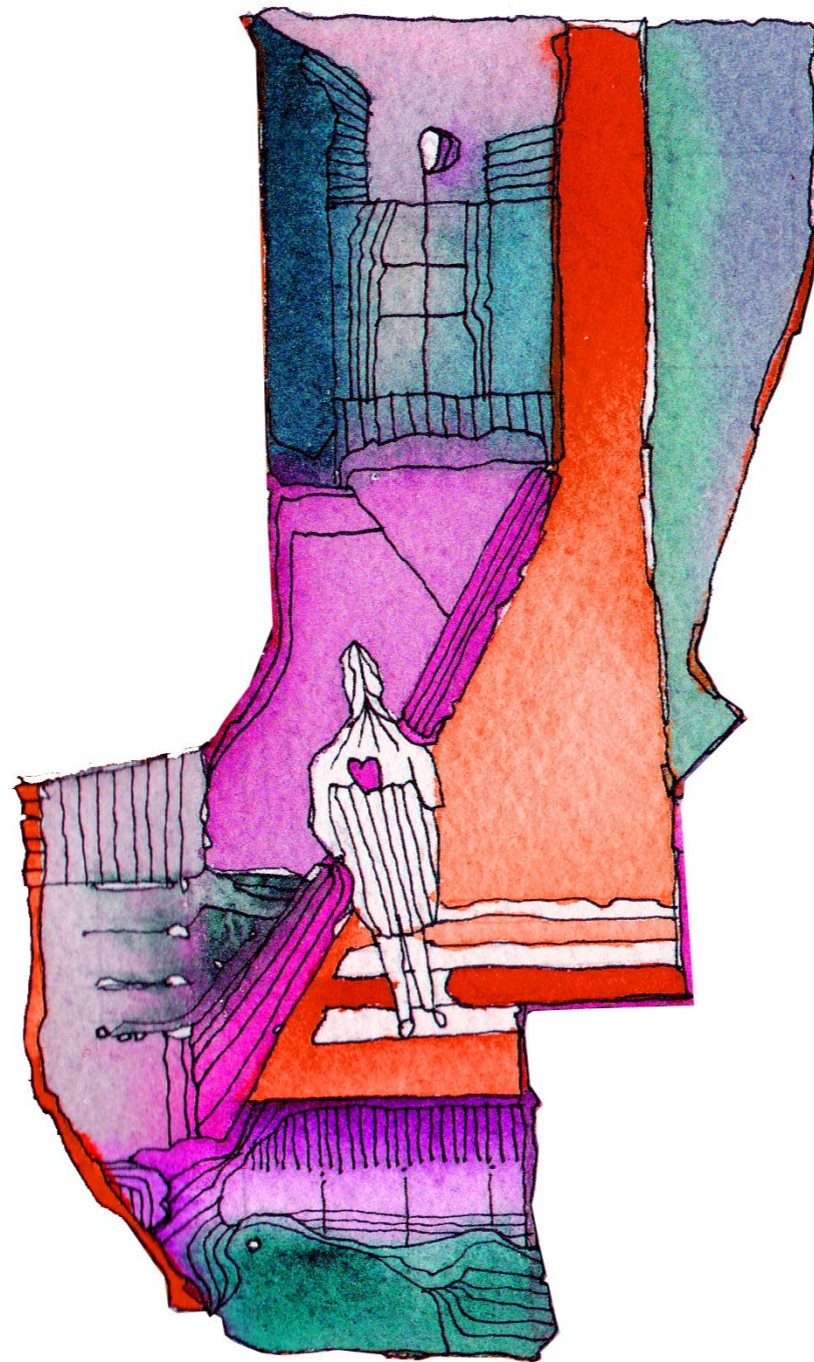
La inmigración en la ciudad nos sitúa ante muchas preguntas y pocas respuestas que las ciencias sociales y políticas puedan avalar como pautas prescriptivas. Hay dos grandes modelos que definen el marco de las políticas de inmigración al nivel estatal. Es el modelo asimilacionista, representado por Francia, pero también España, donde la integración está marcada por el grado de adaptación a la cultura local. El otro es el modelo multicultural, oficialmente adoptado por Canadá, pero también arraigado en Reino Unido o Países Bajos, donde se apuesta por la convivencia con la diversidad en el marco de máxima garantía de expresión de esta misma. Sin embargo, ambos modelos van hibridando. El idioma y los valores fundamentales de la cultura de origen son elementos irreducibles para la buena convivencia. No obstante, incluso el modelo asimilacionista está ensanchando el margen en el cual pueden manifestarse algunos usos, costumbres y valores de las culturas de origen, siempre cuando no entren en contradicción con la cultura de la sociedad de acogida. Tanto el modelo multicultural como el asimilacionista no

## El espíritu de la época

evitan el aislamiento de las comunidades inmigrantes en barrios marginales, en guetos del siglo XXI. Construyendo ciudades las personas reflejamos en ellas el espíritu de la época, nuestras inquietudes, ideales y también, aunque menos palpables, nuestros paradigmas éticos. La ciudad no se limita al medio construido, ni tampoco al entorno social, sino que es un delicado equilibrio entre los dos. En ambas dimensiones- edificada y humana, la ciudad nunca está culminada, siempre es un proceso, que puede tomar un giro diferente en función de los retos o problemas que tienen que afrontar sus habitantes. Si queremos perseguir el objetivo 11 de los ODS *“lograr que las ciudades y los asentamientos humanos sean inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles”*, hemos de pensar y construir las ciudades basadas en la apertura al otro, en la polifonía de la democracia en la igualdad de hecho, la ciudad que percibe la inmigración como oportunidad y no amenaza, la ciudad donde nadie muere dos veces.



# Activismo sin hashtags



“Uno se siente un poco inútil con los Instagram, Twitter y LinkedIn de turno consumiendo su tiempo, mientras ahí fuera hay gente que trabaja para que pasen cosas reales”

Eduardo Solana  
Arquitecto

## Activismo sin hashtags

En el barrio de Pinilla, en León, hay un parque con el nombre de Gelo Arizmendi; un nombre que el lector buscará en vano en la Wikipedia. Gelo Arizmendi fue, durante años, uno de los motores del movimiento vecinal del barrio. Para entender bien toda la historia primero hay que viajar casi cien kilómetros al noreste, al pantano de Riaño, cuya historia es bastante conocida. Su presa no solo anegó Riaño, sino ocho pueblos más de la comarca. Los vecinos de casi todos ellos se vieron obligados a emigrar.

Un grupo de estos desplazados, unas doscientas familias, acabaron en Pinilla, un barrio popular de León con origen en la posguerra, en el que los nuevos inmigrantes ocuparon varios bloques construidos al efecto. Como suele pasar, faltaban infraestructuras básicas; algunas calles ni siquiera contaban con acerado, y los servicios urbanos eran claramente insuficientes. La necesidad hizo germinar un asociacionismo vecinal fuerte. Se consiguieron aceras, saneamiento, un aulario, una casa de cultura, parques.

Hasta aquí, la historia no difiere de la de muchos otros barrios del siglo XX. Quizá la singularidad más específica de Pinilla es la aparición de un sentido de identidad propio:

el barrio se extiende más allá del término municipal de León, hacia el contiguo municipio de San Andrés del Rabanedo; sin embargo, los de Pinilla se sentían —se sienten— habitantes de Pinilla, al margen de su adscripción a uno u otro municipio. Es un barrio a caballo de dos ciudades, y sus reivindicaciones se dirigen a ambas, obligando en muchas ocasiones a compromisos y acuerdos entre los dos ayuntamientos. Probablemente este sentido de pertenencia ha contribuido a que las organizaciones vecinales prolonguen su actividad más allá de los tiempos iniciales hasta las siguientes generaciones, las de los hijos de los emigrantes.

Este texto iba a derivar en una reflexión sobre el incierto futuro que parece tener el activismo de barrio, centrado en problemas concretos, en un mundo que parece estar solo atento a las redes sociales, con comunidades y activismo virtual, global o deslocalizado. A uno le parecía que, en adelante, el asociacionismo local, por pura masa crítica, no va a encontrar *hashtags* que capten el foco de la atención y provoquen reacciones sociales y políticas que resuelvan sus problemas concretos. Pero me he encontrado con un caso que cuestiona esa idea. Hace un tiempo se aprobó un ARRU (área de regeneración y renovación urbana) en Pinilla. Esta figura urbanística supone ayudas importantes para la

## Activismo sin hashtags

rehabilitación, ayudas que han de solicitar individualmente cada comunidad de vecinos. Imaginemos cómo son aquí estas comunidades, formadas en su mayoría por personas mayores, con una notable resistencia a los cambios. Ni las administraciones locales ni las autonómicas consiguieron convencer a los vecinos de que solicitaran las ayudas, por muy beneficiosas que fuesen. Pues bien: la Asociación de Vecinos no solo participó en el diseño del ARRU, sino que, aprovechando su mayor credibilidad ante los habitantes que los organismos oficiales, persuadió a muchos para presentar las solicitudes y, en consecuencia, poder rehabilitar gran parte del parque de viviendas del barrio.

Así que ahora uno se siente un poco inútil, con los Instagram, Twitter y LinkedIn de turno consumiendo su tiempo, mientras ahí fuera hay gente que trabaja para que pasen cosas reales.

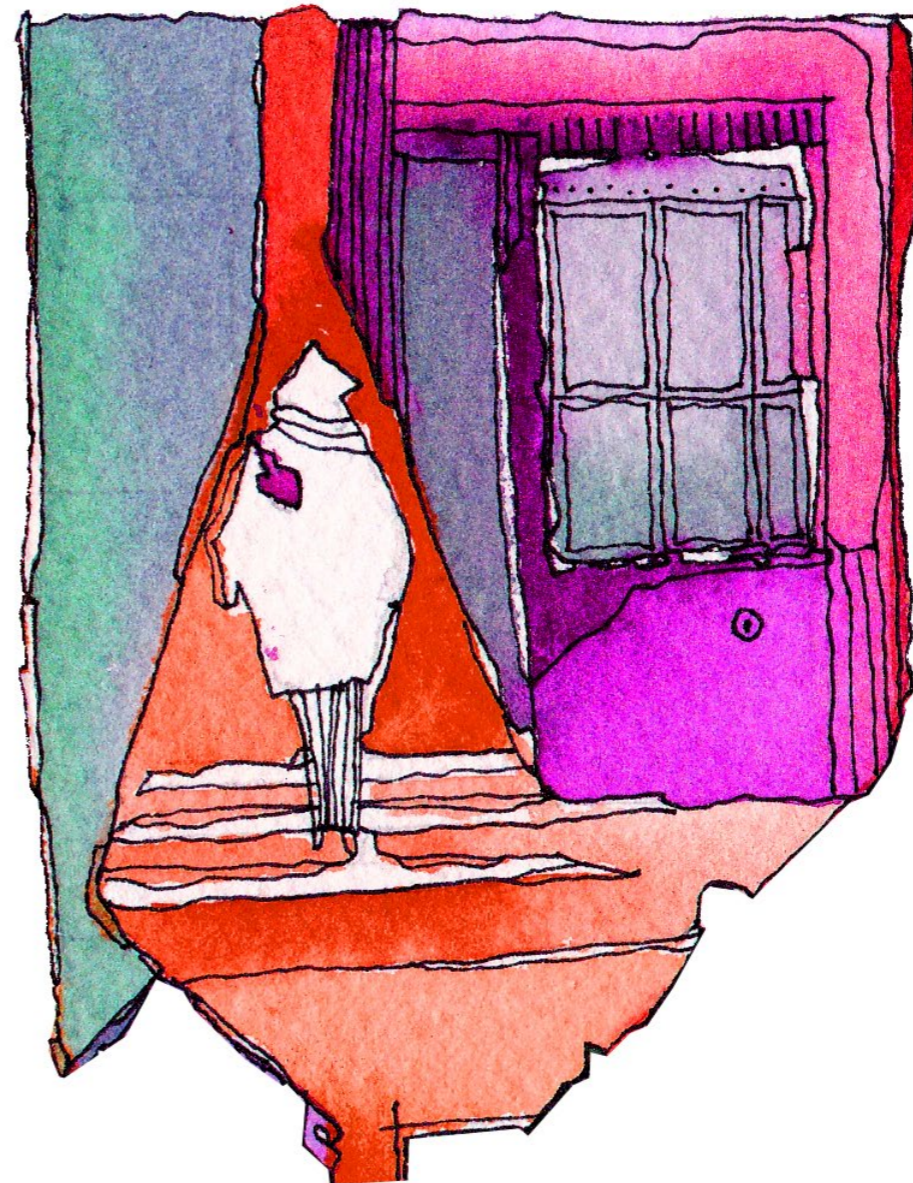


# La ciudad cosmopolita

“La inmigración ha ayudado a desdibujar límites culturales y estigmas sociales, pese a que crecen los nacionalismos y el pensamiento rancio de ser un ciudadano original”

Julián Baena  
Arquitecto

Julián Baena  
Arquitecto



# La ciudad cosmopolita

Una ciudad de muchos colores, de sabores y olores que se confunden entre sí, de identidades propias y ajenas, de dialectos y acentos, de culturas que no alcanzamos a identificar y que se entremezclan con la propia, de nuevas idiosincrasias, de todos y de nadie, eso es una ciudad cosmopolita.

Lo que conocemos de la ciudad hasta hoy es que está formada por personas que vienen y van, que las han habitado, que han intentado ser ciudadan@s. Y que individualmente han dejado una marca insignificante pero en su colectividad ha tenido la fuerza de dar un carácter particular y único a lo que es el concepto más universal de ciudad.

También sabemos que la ciudad se estructura en pequeñas piezas a manera de clúster que dan forma a colectividades con características propias. Y que en las grandes ciudades esas características y ese estatus de unicidad viene originado por la inmigración y por cómo ésta es capaz de generar las condiciones particulares de los barrios a lo largo de la historia. Y de cómo estos barrios son los creadores y núcleo de las ciudades más cosmopolitas.

A medida que los núcleos urbanos se han consolidado dentro de la estructura social y política de la ciudad y tomando una identidad cultural particular, el concepto de **geografía urbana** se ha hecho más visible debido a los matices de l@s habitantes que llegan a colonizar ciertos sectores de la ciudad. Es así como cada barrio tiene una historia que siempre asociada con la inmigración y las relaciones que allí se crean y se establecen entre otros grupos de inmigrantes.

La **geografía humana** se hace más diversa y más rica por su aportación cultural y social al concepto universal de ciudad. Del barrio chino de New York a Lavapiés en Madrid, de la Concesión Francesa en Shanghai al Soho de Londres, todos son sectores con una influencia de inmigrantes, barrios únicos que le han dado a las ciudades esa particularidad de ser cosmopolita, de ser en ciudades destino, ciudades donde las artes, gastronomía, cultura, economía no sería lo mismo si no fuera por la inmigración tanto propia (interna) como de otros países.

No ha sido fácil llegar hasta aquí, llevar el título de inmigrante, pero al final todos lo hemos sido, ya sea en nuestra propia ciudad o como turistas en otra ciudad.



## La ciudad cosmopolita

La inmigración ha ayudado a desdibujar límites culturales y estigmas sociales y augurando por el sentido de universalidad y pertenencia, pese a que crecen los nacionalismos y el pensamiento rancio de ser un ciudadano *original*. Es imposible pensar en negar o pretender cambiar la mentalidad del origen de las ciudades, esa utopía espontánea de vida colectiva y proyecto de sociedad universal/global. basado en el intercambio de identidades culturales, económicas, políticas, sociales y humanas.

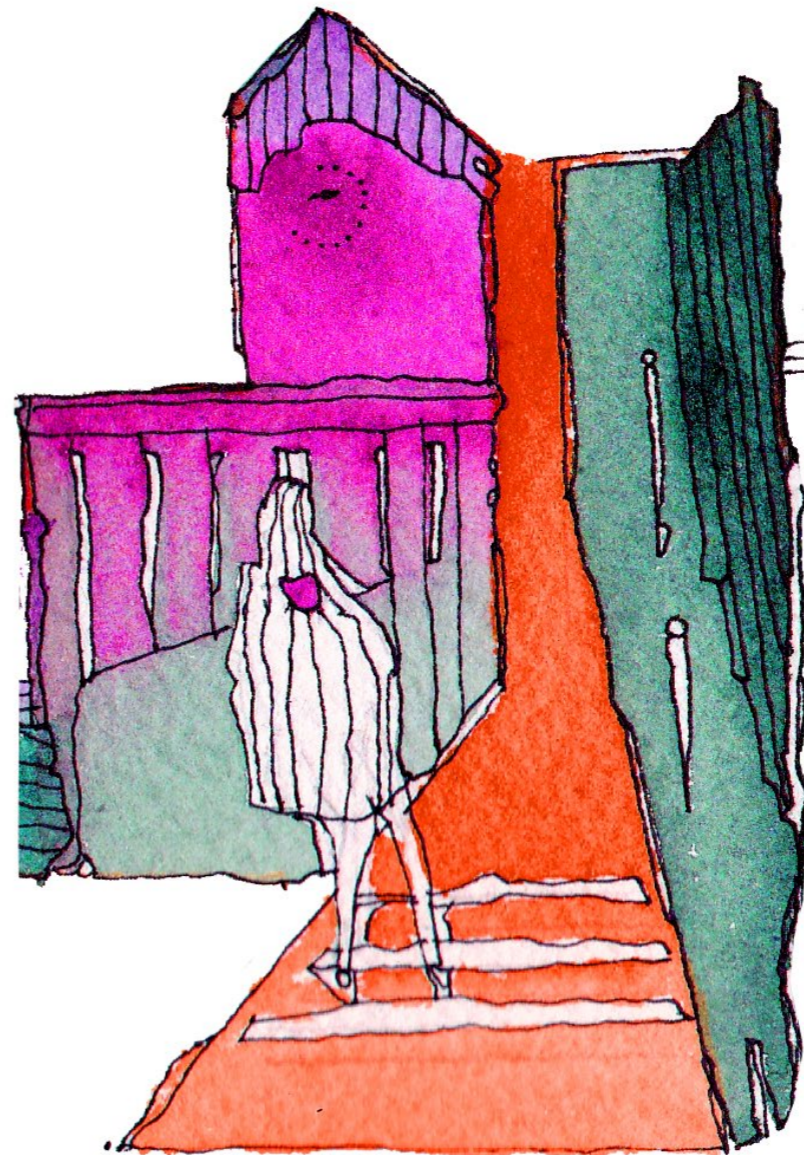
He sido y soy inmigrante, en Colombia, España, Estados Unidos, China y cuanto país he habitado. En todos he aprendido de otros inmigrantes sobre tolerancia, respeto y cómo se establecen relaciones humanas muy particulares con el entorno y la misma ciudad. Luego me he mudado y a su vez he influido en mi entorno con mis experiencias, enseñanzas y siempre con una manera muy particular de vivir las ciudades. Creo que sólo los inmigrantes podríamos entender eso, lo que es ver el mundo (así como otras ciudades y barrios) con muchos olores, sabores e identidades.



# Incluir versus integrar

“Es fundamental perder el miedo a la transculturización que inevitablemente se produce en este intercambio y aprender a ver el beneficio presente y futuro en términos culturales, políticos y económicos”

Daniela Viloría  
Arquitecto y Diseñadora de Iluminación



## Incluir versus integrar

De la misma manera que los peces no comprenden el concepto de agua hasta que salen de ella, los humanos no comprendemos la existencia de otras realidades hasta que salimos de la propia.

Es fácil entender que ahí radique el origen de la mayoría de los conflictos internacionales. Conflictos que surgen cuando la identidad de un grupo se siente amenazada por las diferencias respecto a otro grupo y mutuamente se confrontan contra lo efímero y frágil de todos aquellos elementos cotidianos que conforman la propia cultura, a los que atribuimos grandes significados colectivos y sobre los cuales descansan nuestros afectos.

El ser humano es social, gregario y tiene una alta necesidad de pertenencia para construir su identidad individual. Para quien, por suerte o por desdicha, nunca ha salido de su zona de confort, el evidenciar la existencia de otras formas de vida que, de una forma u otra, funcionan para un grupo significativo de personas, pone en tela de juicio la validez de la propia idiosincrasia y puede suponer una amenaza a la identidad individual y colectiva.

Pero ¿y si la identidad se construyera sobre la base de la diversidad? Pero no otra nueva, obligada, impuesta por las leyes... me refiero a una auténtica diversidad espontánea y natural, casi darwiniana. Y si la zona de confort fuera multicolor, llena de matices que desdibujan la frontera entre elementos que a priori lucen diferentes ¿cambiaría la

manera de gestionar la existencia de un otro, perduraría la diversidad o se construiría un subproducto híbrido con identidad propia? ¿Cómo debería ser la ciudad que abraza la multiculturalidad? Yo crecí en ella y hoy quiero contaros mis perspectivas personales.

Al igual que el pez del que les hablaba al principio, nací y crecí en un lugar donde todo era fusión y multiculturalidad. Entre los años 40 y 60 del siglo pasado, Venezuela incrementó su población gracias a la migración masiva de europeos del norte que huían de la postguerra, españoles, portugueses y latinoamericanos que escapaban de férreas dictaduras, norteamericanos motivados por el petróleo, y árabes, judíos y libaneses que querían dejar atrás sus sempiternos conflictos político/religiosos. Todos en busca de una tierra que prometía estabilidad política, clima de convivencia y prosperidad económica.

Cada mañana, en una calurosa Maracaibo de los años 80, un puntualísimo buque petrolero anunciaba la hora de ir al colegio. A veces, debía comprar la merienda en la panadería donde el acento portugués de sus propietarios no era diferente de todas las demás panaderías del país.

Entraba al colegio por Casa Blanca, un precioso edificio patrimonial que pertenecía décadas atrás a la holandesa Shell. Dejábamos el bolso en la fila e íbamos a la capilla a encomendarnos a la virgen... allí nos recibían monjas madrileñas que verificaban la pulcritud de nuestro uniforme.

## Incluir versus integrar

No recuerdo el momento de pasar lista como algo exótico, aunque ahora sé que era bastante parecido a una asamblea de la ONU: apellidos castizos, vascos, italianos, portugueses, alemanes, árabes... y todos se mezclaban con máxima naturalidad.

De vuelta a casa casi siempre coincidíamos con algún vecino con el que mis padres podían pasar horas hablando. El hall del ascensor era el grupo de whatsapp de la época... y yo anhelando llegar para ver mis series mexicanas y norteamericanas. Podían ser los italianos del pent-house, los árabes de arriba o los del piso 10, una familia de ganaderos guajiros que conocían la conflictiva frontera con Colombia. Pero los que más curiosidad me despertaban, porque ellos sí que se veían diferentes, eran el australiano y la asiática del 5º.

Los fines de semana los pasábamos en la casa del pueblo, donde mis tíos alternaban las parrilladas, el baseball, con un fondo musical en el que podían alternarse vallenatos colombianos con Plácido Domingo, Los Panchos, salsa cubana o merengues dominicanos. Lo que más me gustaba era cuando había un mundial de fútbol, eso sí era una fiesta... en cualquier reunión familiar se podía juntar hasta cinco banderas diferentes. Sabido es que Venezuela nunca se ha clasificado para la Copa del Mundo, así que todos tiraban de la nacionalidad de sus ancestros inmigrantes. En mi familia, como en cualquier otra, después de 40 años ya

se habían mezclado apellidos italianos, alemanes, vascos, japoneses, holandeses y rusos, y por eso en la Copa del Mundo la ganábamos todos... todos nos sentíamos de todas partes.

Término este artículo en el aeropuerto de Bruselas, una ciudad que difícilmente ha podido disfrutar del último mundial de fútbol debido a los disturbios entre locales e inmigrantes. Lo observo con dolor y extrañeza, y me pregunto dónde puede estar el origen de este malestar. Porque estoy segura de que la violencia no radica en la esencia de ninguna cultura del planeta. He visto a estas mismas culturas mezclarse en otros contextos con gozo y hermandad. ¿Por qué en algunos lugares se mantienen esas conductas de faltar y ofender al país que te da trabajo y cobijo o, por el contrario, de estigmatizar a un colectivo por 4, 10 o 20 adolescentes conflictivos?

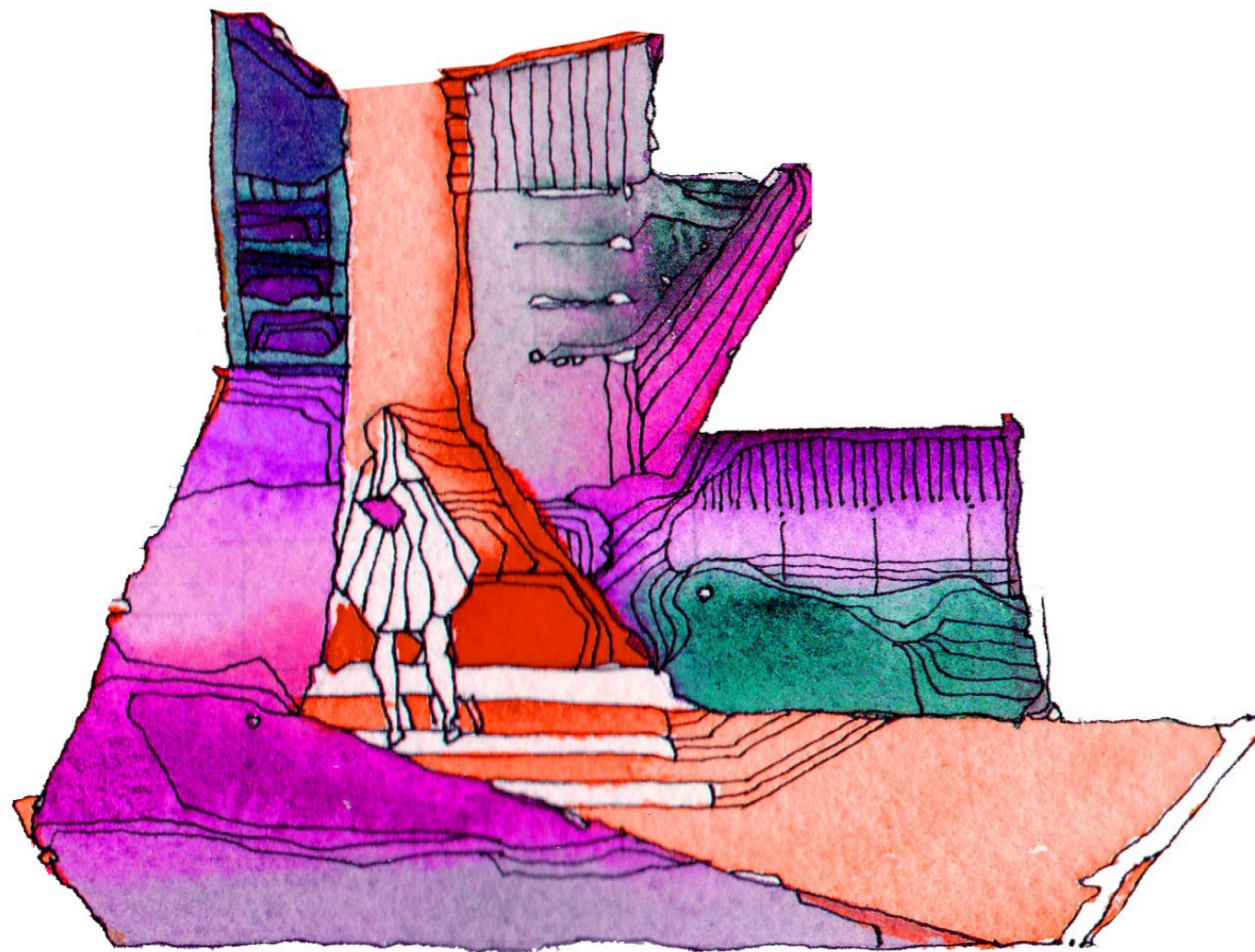
Como arquitecto sólo me queda pensar en soluciones de carácter urbano. ¿Cómo pueden el diseño urbano y la arquitectura acabar con la generación de guetos y promover la verdadera multiculturalidad? Porque mientras permitamos que las ciudades se sectoricen por etnias y religiones, como es el caso de París, poco podemos hablar de diversidad e inclusión. Ni siquiera me gusta la palabra inclusión, preferiría hablar de integración...un proceso donde las dos partes se transforman.

## Incluir versus integrar

Multiculturalidad implica que en un mismo edificio cada día huelga a croquetas, pizza y falafel, que en un mismo barrio coexistan la iglesia, la mezquita, la sinagoga y el centro de meditación, que en las ventanas de una misma calle veamos tenderos con camisetas de todas las selecciones deportivas. Sólo en la convivencia cercana y diaria con el otro perderemos el miedo a su diferencia y nos sentiremos enriquecidos por igual, quien migra y quien acoge. Es fundamental perder el miedo a la transculturización que inevitablemente se produce en este intercambio y aprender a ver el beneficio presente y futuro en términos culturales, políticos y económicos.



# Las huellas en la ciudad



“Las huellas que dejamos al vivir en una ciudad son las que hacen que la podamos seguir llamando hogar, y quizás el hecho de ser inmigrante no sea otra cosa que ser un viajero”

Sergio de Jaime  
Arquitecto

## Las huellas de la ciudad

Cuando pensamos en lo que significa la inmigración y su relación con las ciudades, nos imaginamos grandes travesías en barco, estaciones de tren, y sobre todo despedidas y nuevos comienzos. Nos imaginamos cambios, vértigo, y a menudo plantearnos de dónde venimos.

Cuando llegar a una ciudad implicaba atravesar un muro y escuchar un idioma desconocido, el término inmigrante estaba mucho más claro. Alguien que había abandonado su tierra natal, ya fuese por gusto o por necesidad. En el mundo actual, donde el idioma ya no es un problema y los límites de las ciudades ahora los marcan las autopistas, ser un inmigrante se ha convertido en lo habitual.

Madrid es el lugar donde esta afirmación se convierte en una realidad. Siempre se ha dicho que nadie y que todo el mundo es de Madrid, y que todos en algún momento pasan por ahí. Solo en Lavapiés conviven 88 nacionalidades desde hace tantos años que ya podemos hablar de segunda y tercera generaciones. Nacionalidades que han conformado lo que ahora significa el barrio, consiguiendo que nadie sea un extraño.

El escritor Italo Calvino, en su libro *Las Ciudades Invisibles*, nos enseña cómo la ciudad está allá donde seamos capaces de llevar la imaginación. La ciudad en la que vivimos puede tener infinitos nombres y poseer infinitas caras, tantas como personas habitan en ella. En este relato fantástico, Marco Polo relata en la corte de Kublai Khan sus innumerables viajes, describiendo las ciudades de ensueño donde había tenido la suerte de estar. Pero en estos viajes había algo que nunca le pudo abandonar, su Venecia natal, viendo reflejada en cada ciudad una huella del que había sido su hogar.

Las huellas que dejamos al vivir en una ciudad son las que hacen que la podamos seguir llamando hogar, y quizás el hecho de ser inmigrante no sea otra cosa que ser un viajero. A veces no sabremos donde nos encontramos, pero siempre recordaremos de dónde venimos.

Volviendo a Madrid, se dice que cada vez es más difícil encontrar a un auténtico *gato*, una de esas personas cuyos padres y abuelos han nacido allí. Una denominación que parece desaparecer, pero que dentro de 30 o 40 años tendrá otro significado. Nos daremos cuenta de que esta ciudad,

## Las huellas de la ciudad

como cualquier otra, no es más que la metáfora de una Torre de Babel en extensión que simboliza un proyecto en común, la voluntad de tener un presente, un pasado y un futuro en un lugar.

Al final quizás *gato* se hace, no se nace.





**Arquitect@s &Co**

[arquitectosandco@gmail.com](mailto:arquitectosandco@gmail.com)